

De la realidad a la fantasía: apuntes para una poética de la enseñanza de la literatura

Carlos Arturo Guevara Amórtegui

Propósito y punto de partida

Para abordar el asunto que se nos propuso tratar –*Enseñanza de la literatura*– quiero considerar, como ámbito general, la educación básica y media. Aunque es, en efecto, un universo muy amplio y complejo por sus diversos niveles y sus muchas diferencias estructurales, es posible, por mi experiencia pedagógica de años, encontrar razones que hacen evidente que en este ámbito complejo se comparten elementos –sedimentados en afinidades culturales, sensibles, económicas, estéticas, etc.– que pueden orientar a la hora de proponer prácticas compartidas o propuestas de trabajo que respondan a las necesidades generales de dicho ámbito.

Uno de los propósitos de este texto es compartir algunas consideraciones básicas que deben asumirse como meros elementos de discusión o, máximo, como trazos generales, para que los profesores de los diferentes niveles del mentado universo escolar generen a su vez puntos de vista y estrategias que contribuyan igualmente en las tareas pedagógicas en el campo de la literatura.

Así pues, no es del interés de este escrito polemizar en torno a conceptos como enseñanza, aprendizaje, métodos, didácticas, contenidos, modelos, etc. En lugar de entrar en esos territorios ampliamente descritos y abordados en tantos documentos y encuentros académicos, lo que se busca es centrar el debate en lo que puede considerarse la *cosa misma*, la esencia del fenómeno según el cual, por la tradición cultural y por la constitución misma del ser humano, todo hombre y toda mujer habitan¹, de hecho, en la dimensión estética. Esta es una de las consideraciones básicas y de discusión de este trabajo.

En efecto, los seres humanos poseen una tendencia permanente a la dimensión poética, entendiéndola por ésta, no una inclinación a la lectura o a la memorización de poemas o de obras, sino más bien una constante disposición a lo simbólico, al juego, a la imaginación, a la fantasía. *Buscamos la poesía; buscamos la vida;*

1. Habitar: entendido aquí en su sentido ontológico; es decir, como factor esencial y como experiencia necesaria de la constitución humana.

Y la vida, estoy seguro, está hecha de poesía. (Borges, J. L. 2001: 17). Es sobre esta base o principio, a mi parecer fundamental, que se abordará aquí entonces el tema de la *enseñanza de la literatura*.

La enseñanza de la literatura desde tres Componentes del mismo horizonte

Esta tendencia hacia la dimensión simbólica; esta necesidad existencial humana de lo poético, es la que permite a los individuos instaurar constantemente nuevos sentidos de las cosas; transformar infinitamente el mundo, y siempre, de manera significativa. Si no hay una realidad o un mundo idéntico para todos; si el mundo, más que representación es constitución de los sujetos, puede afirmarse, entonces, que toda organización individual o colectiva del mundo es parte del juego infinito de posibilidades de sentido que emergen y fluyen interminablemente en el devenir humano. Este fenómeno de la constitución del mundo como despliegue de infinitas posibilidades de sentido, es, a la larga, la constancia más clara de la necesidad y la existencia de la dimensión poética. Es imposible al ser humano evadir o separar de sí voluntariamente su inclinación o su disposición a la dimensión de lo poético. Nietzsche afirmaba que: *Sólo como fenómeno estético, están eternamente justificados la existencia y el mundo.* (Nietzsche, F. 1994: 67).

Si se acepta esta consideración básica, es inevitable entonces, flexibilizar, reconstituir, adecuar y contextualizar permanentemente el sentido del término *enseñanza*, según el marco de acontecimientos que rijan u orienten la cotidianidad y, en general, la vida de los individuos de una sociedad y, por supuesto, de los jóvenes. Se debe separar el valor del término *enseñanza* de las concepciones convencionales o tradicionales y otorgarle más bien un valor fenoménico; es decir, inscribirlo en el mundo de la vida de los sujetos históricos. En este punto, se descubrirá, con cierta sorpresa, que *enseñar* –en el caso de la literatura, al menos– comparte una afinidad innegable con actividades como *deleitar, provocar, jugar, engañar, desengañar, confundir, inventar, reinventar, estructurar, desestructurar, transformar, interrogar, inquietar*, y, de seguro, muchos más que puedan encontrarse.

Para que sea posible, según el parecer de estas líneas, poner en operación tales actividades, es decir, desplegar las afinidades fenoménicas posibles del término *enseñanza* y deshojar sus componentes ontológicos con mayor o menor intensidad, se propone mirar o contemplar la *enseñanza de la literatura* como fenómeno, desde tres componentes –que podemos denominar horizontes– propiedad del ser humano.

Imagínense un ángulo agudo, digamos de 45°, cuyos segmentos se proyectan hacia el infinito conformando un área cada vez mayor y difusa. Esta imagen del área constituye el horizonte imaginario de la conciencia. Sobre dicho horizonte, por mera metodología expositiva, se quiere también sentar el fenómeno de la *enseñanza de la literatura*. Consideren el vértice o punto de unión de los dos segmentos del ángulo como el punto cero de abertura. De dicho punto cero se parte hacia un límite abstracto, no determinado pero sí determinable, del área del ángulo; llámese, a este sector del área, la *Zona 1 o Dimensión de la experiencia cotidiana y del interés vital*. Hay una Zona intermedia, mucho más vasta y poco determinable, que parte del límite de la Zona 1, bastante *alejada* ya del punto cero; será la *Zona 2 u hogar de la imaginación*. Y a una tercera y última parte de este diseño imaginario –la más borrosa y más alejada del vértice o punto cero del ángulo, también la de mayor indeterminancia– se le puede denominar *Zona 3 o región de la fantasía*. Es pertinente aclarar, desde ya, que esta división es meramente formal y por asuntos de metodología expositiva. En realidad, entre tales *Zonas* no existe frontera alguna. Por el contrario, en el *mundo de la vida cotidiana*, la *imaginación* y la *fantasía* están imbricadas e indisolublemente ligadas. Coexisten y son interdependientes. No puede pensarse en la vida cotidiana de los hombres o de las comunidades, en serio, sin incorporar la imaginación y la fantasía como instancias habituales del mundo diario. La conciencia de sí en el mundo, el saberse propietario de un sentido de la existencia, es una operación imposible para quien lo intente, sin la imaginación y la fantasía. La separación entonces es aparente; hay que pensar más bien en una compenetración íntima; en intersecciones permanentes; en avenidas o pasajes de circulación en constante movimiento. Por tanto, la descripción que se hace aquí de cada una de ellas, es apenas metodológica.

Zona 1: La dimensión de la experiencia cotidiana y del interés vital

Fíjense en el caso de cualquier niño o niña, de cualquier persona. Todos asumimos nuestro mundo histórico y cultural en la forma de una conciencia empírica o, como suele decirse, lo asumimos en *actitud natural*. En otras palabras, por la percepción directa de las cosas y de los fenómenos, las personas constituyen un conocimiento natural, básico del mundo, conocimiento que permanece en el marco de su experiencia y que podría denominarse *conocimiento empírico* (Husserl). Es este conocer empírico el que les permite a las personas manejarse adecuadamente en su medio. Parece ser que, en últimas, este *conocer empírico* es *suficiente* para vivir; ese conjunto de conocimientos, estructurado a diario, durante todos los días de la vida, en el acto mismo de existir concreto y natural, es un conocimiento organizado y sistemático, constituido sin siquiera pensar en

ello. Es interiorizado en el transcurrir del entramado misterioso de las vivencias humanas. Sin atender a un proceso pedagógico convencional y estructurante, se distingue una flor de una piedra, la noche del día, el sabor de un alimento en relación con otro, una casa de un peñasco, etc. Un niño del campo conoce y diferencia el canto de este pájaro amarillo o de aquel otro pájaro azul, simplemente porque los ha visto y oído cantar entre las ramas de los árboles. Este mismo niño o esta misma niña sabe que ese rumor insistente, allá adelante, es el sonido del río cercano; ese sonido lo ha incorporado a su ser en el transcurso de su cotidianidad. Los niños de las Zonas en las que la violencia es un estado normal de la vida diaria, saben cuándo deben ser reservados; saben a qué lugares no pueden ir; saben con quiénes hablar y con quiénes no hacerlo. Un cultivador o un expendedor de frutas responden, sin pensar demasiado, de qué fruta es propio este o aquel aroma. Una persona descubre por el color o los gestos del rostro, si el otro está alegre, asustado, disgustado. Y si la existencia es difícil porque se es pobre, porque se es maltratado, porque se está abandonado, porque se es vapuleado a diario en el coexistir con los demás; o, por el contrario, si es gratificante porque se le quiere, se le reconoce, se le demuestran amistad, etc. toda esa estela de diversas y complejas vivencias hace a las personas dueñas de un mundo, *hacedoras* de su propio mundo, dadoras de sentido a la realidad en que viven. Sea cual sea la experiencia individual y colectiva, cada quien constituye ese mundo fundamental que lo acompaña y lo determina en sus pensamientos, en sus sentimientos y en sus acciones.

En fin, toda persona se percata y aprende sobre las cosas, en el darse aparentemente normal y cotidiano del mundo: se ven llegar sin extrañeza los días de lluvia y los días del verano; se distinguen el despuntar de las auroras y las puestas tempranas del sol en invierno; el campesino sabrá dar cuenta de la llegada de los días de la siembra y de la recolección de la cosecha. Nadie enseña ninguna de estas cosas a manera de una lección organizada que deba aprenderse como si existiera una regularidad inevitable de las cosas de la vida y del mundo. En el transcurrir intersubjetivo y natural del mundo cotidiano, se perciben el hacer, el pensar, el decir de los otros; y las personas hacen también suyo, por supuesto con sus respectivas variaciones, ese mundo compartido. Las herencias de la cultura se apropian así, en las vivencias inmediatas y sencillas del vivir. A un niño o a una niña le alegran la voz, el rostro y la mirada cariñosa de sus padres, lo mismo que la risa y los ojos claros e inquietos de otros niños vecinos suyos; juegan, corren y gritan sin prevención en los patios de las escuelas o en los parques; sufren y gozan a diario en los pequeños mundos en que viven incrustados subjetiva o espiritualmente.

Esta *Zona 1* o *mundo de la experiencia cotidiana y del interés vital* es el primer horizonte de la existencia; el mundo inmediato de las urgencias diarias; el mundo empírico, el que interesa más. Pero, al contrario de lo que podría pensarse, no es un mundo intrascendente; es el mundo fundamental. Es un mundo lleno de significado existencial; un mundo organizado en torno a unos valores, a unas expectativas, a unos intereses, a unas inquietudes. Es una elaboración espiritual o subjetiva que se constituye en fundamento; en sedimento primordial sobre el cual se estructuran otras dimensiones del mundo, mucho más elaboradas y complejas. En síntesis, este *mundo empírico*, que en la imagen del ángulo propuesto se denominó *Zona 1*, es el imponderable inmediato; un mundo categórico y esencial; lo más cercano al cuerpo; el mundo íntimo circundante con todos los pliegues y horizontes que lo puedan caracterizar; el *aquí y ahora* como referente inevitable y único de cada quien.

¿Y qué tiene que ver la *enseñanza de la literatura* con esta imagen? Pues todo. Es invocando este mundo del *aquí y ahora* de los jóvenes y niños como puede iniciarse su acercamiento –digamos *natural*– a la literatura. Si *enseñar*, decíamos arriba, debe flexibilizarse y deconstruirse en una constelación de afinidades semánticas como *deleitar, provocar, jugar, transformar, inquietar*, etc.; nada tan poderoso como las experiencias del mundo propio, individual y colectivo para lograr poner en operación tales actividades; La experiencia individual es, quizá, la esfera de propiedad más inmediata y crucial de la existencia humana. Como se podrá entender desde ya, la *enseñanza de la literatura* no es en este texto un ejercicio de traslado de información, un ejercicio de orden convencional y técnico. Implica de hecho una acción sensible, una vivencia, una evocación del mundo del *aquí y ahora*. *Enseñar la literatura* tiene que ver, en esta parte, con *traer a los ojos*, a través de la lectura y la escritura, el mundo que está *a la mano*. Porque, en los términos de estos trazos, *enseñar literatura* no es ni será nunca memorizar la relación imposible de autores escuelas, títulos, premios, fechas y mil cosas más. *Enseñar literatura* equivale fenoménicamente a recrear los acontecimientos cotidianos con la pluma del maestro que escribe sobre sus experiencias más simples y coloquiales y las comparte leyéndolas a los niños, para que luego ellos puedan imitarlo –todo acto de iniciación es un acto de imitación, por ejemplo el aprendizaje de la lengua materna– escribiendo sus pequeños recuerdos, sus anécdotas, sus breves historias, sin seguir esquemas ni modelos; en un hacer elemental como el canto de los pájaros o como el murmullo del arroyo; con sus propias palabras, con su ortografía, con sus repeticiones. Y lo más importante, sin correcciones pedantes. Toda la realidad de sus mundos –del mundo de cada uno– confluye en infinito ramillete de anécdotas. Aquí se recrean las voces, los sentimientos, los sueños escondidos de todos.

En esta imaginaria Zona 1, todos escriben y todos leen –incluido el maestro– sus pequeños recuerdos, sus leves anécdotas. Y todos se leen entre sí porque a todos interesa lo que a otros pudo ocurrir o puede interesar. En este punto, es un gusto escuchar el estilo del lenguaje del otro, contrastarlo con el propio; oler y sentir las palabras puestas en armazón de significatividad simple y sencilla por cada uno. Al final de todo, se pueden pegar los textos en una pared, a la vista de todos, incluidos los escritos del profesor, para que cada uno vea el suyo y se lea varias veces y lea a los otros y ejecute empíricamente también actividades fundamentales como la comparación, la contrastación, la síntesis, etc.

Pero el asunto no termina aquí, en el mundo circundante del universo escolar, que de por sí es ya amplio. Todas estas actividades de lectura y escritura propias pueden ir acompañadas de la lectura de historias de diversos autores, antiguos o contemporáneos, no importa la época; lo que importa es que el profesor, en su sabiduría, encuentre que el mundo de las narraciones compartidas tiene alguna perspectiva de afinidad con el mundo empírico, sustancial de los niños y los jóvenes. Un breve texto de Hermann Hesse, un cuento pintado de Pombo, un mito egipcio, griego, romano, latinoamericano, una leyenda ciudadana o campesina, un poema de Epifanio Mejía o de Jorge Robledo Ortiz, una narración de Oscar Wilde, una historia de la Edad de Oro de José Martí, un cuento infantil de Graciela Montes (*Más chiquito que una arveja, más grande que una ballena, Sapo verde*, etc.); de Ana María Matute (*La rama seca, Los chicos*, etc.) o de cualquier autor del barrio o del pueblo, puede facilitar que la literatura sea el instrumento vital que logre ese traslado existencial necesario de nuestro mundo coloquial y cercano –mundo fenoménico–, al mundo de los fenómenos y de los acontecimientos de otros tiempos y otros seres que, no obstante su distancia temporal o espacial, entran en paralela relación con nuestro mundo. Pero también, en esta era de las nuevas tecnologías; el maestro puede cargar a sus clases con muchos recursos en audio, en videos, en forma de película, de comic, de historieta animada. Lo *poético*, la *poiesis* –como descubrimiento o constitución de nuevos sentidos–, que es, al fin y al cabo, lo que importa considerar cuando se habla de la *enseñanza de la literatura*, cabe en cualquiera de esos formatos y gracias a ellos pueden establecerse esos contactos fundamentales con el mundo cotidiano, con las realidades íntimas y con los problemas y sentimientos de los niños y jóvenes. *Enseñar literatura* es en realidad, y ciertísimamente, posibilitar a los niños y niñas el ingreso a la dimensión *poética*, a la dimensión simbólica de la existencia humana. No puede ser otra cosa.

La literatura, pues, nos abre mundos; pero lo más importante es que nos permite realizar el necesario contraste con mundos diferentes; nos facilita la comprensión de lo distinto y nos propone la aceptación de la diversidad. Nos permite compren-

der el alcance de nuestros deseos y de los otros, nuestros miedos y los ajenos, los sueños, ilusiones, temores y realidades de otros, para ponerlos en diálogo, inconscientemente, sin raZonamientos lógicos, con los propios. La literatura, así, en este estado *elemental* pero vital, sin trabajos, sin tareas, sin previas, como vivencia o acto espontáneo y cotidiano, se convierte en experiencia profunda del mundo precisamente porque no se le impone una finalidad práctica; porque se le deja ser y crecer, se le abona y se le riega, en el silencio interior que sedimenta y permite que brote el ramillete infinito de sentidos que dialogan, de manera permanente, en la subjetividad de cada uno; sentidos que se establecen como instancia unitaria, legítima y originaria y no como una especie de construcción artificial impuesta por intereses ajenos al mundo de verdad de niños y jóvenes. En esta Zona 1 reside la posibilidad de que la literatura rescate el valor sustancial y los horizontes de sentido que puede tener el mundo de los jóvenes y de los niños. Sin la infancia, todo el resto de la vida carecería de sentido; en ella se configuran los fundamentos de todo existir; es decir, toda forma de conciencia posterior. *La infancia* –según el pensar de Rilke– *es la patria del hombre*. Cuando no se abandonan los sueños, cuando no se extravían los horizontes existenciales y mágicos de la niñez, entonces siempre es posible regresar a ella; el hombre será el dueño del tiempo, lo tendrá a su disposición; encantará su mundo de poesía.

Entremos ahora en una dimensión de mayor complejidad pero, como se dijo antes, ligada íntimamente con ésta: la imaginación.

Zona 2 o el lugar de propicio de la imaginación

Los niños de nuestra historia pueden imaginar los rostros de sus padres ausentes; pueden percibir el nadar de los peces en el lago o en el mar; pueden recordar las figuras de los personajes de los programas televisivos que prefieren; las figuras de un balón, de un árbol, de una montaña; la imagen de su habitación o de su casa, etc. sin que ninguno de tales elementos u objetos estén frente a sus ojos. Es más, pueden haber quitado el programa de la televisión, puede haberse caído el árbol del parque o del potrero de su colegio, pueden haberse trasladado de apartamento o cambiado de casa; pueden haberse extinguido todos los peces como consecuencia de la contaminación o de la pesca desmedida; puede perderse su balón de fútbol o morir su pequeña mascota.

Sin que sea una intención consciente de ellos, sin proponérselo como acción volitiva, la imaginación recreará esos seres y los pondrá *ahí delante, frente a los ojos*, aunque no *a la mano*, pero reales en la imaginación. Si en la Zona 1 las cosas estaban *ahí, a la mano*, o bien cerca imaginativamente, en esta Zona 2, sin perder la importancia que las cosas tienen como cosas, lo que importa de ellas

es su *eidos*, su esencia. En otros términos, lo que se tiene en cuenta en este segundo horizonte es, principalmente, la vivencia de las cosas, lo que queda como huella esencial en la imaginación y no la presencia cósmica de los objetos.

Los objetos en esta Zona 2 o espacio propicio de la *imaginación*, adquieren otro valor, se proyectan como recuerdo, como imagen interior; mejor dicho, como intuición; una intuición, a su vez, acompañada de sentimientos diversos como afecto, desafecto, nostalgia, alegría, etc. En este operar de la imaginación, se trabaja con imágenes², no con los referentes cósmicos directamente. La imaginación es un archivo infinito de imágenes cargadas de valores, constituidos a partir de las cosas físicas del mundo primero.

Por ejemplo, se pueden visualizar o intuir los objetos que están en la casa aunque no estén en nuestro campo visual; se pueden imaginar las voces de los hijos, de los amigos y seres queridos aunque no estén en nuestro campo auditivo; se puede inclusive tener la sensación de frío o calor y actuar como si se sintieran; una persona puede imaginarse dialogando, trabajando, discutiendo con otras que quizá estén muy lejos de ellas o que, a lo mejor, ya hayan muerto: las ve reaccionar, moverse, etc. Todas esas tareas, aparentemente intrascendentes y tan cotidianas, son funciones esenciales de la imaginación.

Digamos también que, como región propia de la subjetividad, la imaginación tampoco requiere ni puede ser enseñada; simplemente está ahí, en el cuerpo, recreando, reconfigurando, no reproduciendo mecánicamente, el mundo de las realidades percibidas en el pasado.

No obstante, en este punto, debe aclararse que la imaginación requiere del componente cósmico del mundo; no puede imaginarse algo que no exista o haya existido, pero sí se pueden imaginar nuevas cosas a partir de otras ya conocidas que se transforman, precisamente por la imaginación, para desplegarse en otros contornos. Por ello, la imaginación no es una reproductora de objetos tal como supuestamente estos son en la *realiter*. La imaginación trabaja con *eidos* no con remedos de las cosas; en el territorio de la imaginación, las imágenes no son simulacros de las cosas reales, como aisladas de todo lo que las circunda; al

2. Cuando se dice imagen no se hace referencia a una especie de simulacro mental de las cosas, al remedo de algún objeto; la imagen es considerada un material psíquico activo, articulado a otros elementos con los que se correlaciona; una imagen implica ya un contexto complejo de ocurrencia.

Por la imaginación, el mundo de las cosas empíricas concurre a la conciencia no como recuerdo plano o como remedo o simulacro de la realidad; al contrario, por la imaginación, el mundo adviene en conjunto organizado de imágenes que se articulan, sin que necesariamente tal articulación implique un esfuerzo de la voluntad del sujeto.

contrario, están siempre en relación con otras imágenes con las que se constituyen mundos organizados y en contextos especiales que les otorgan sentido. Si imagino el rostro de mi madre, lo imagino sonriendo o quizá llorando, enojada o triste, feliz o abatida; y cada una de estas imágenes va engarzada, correlacionada con imágenes de fondo y con situaciones que le otorgan un contexto lleno de sentido. Imaginar algo es imaginarlo en un escenario de correlaciones particulares; es dinamizarlo también en un ámbito de valoración especial. Por ello imaginar un objeto o muchos objetos es un acto de recreación y de reconstitución del mundo; es una experiencia nueva; no un traslado al *aquí* y *ahora* de una cosa congelada como simulacro en la memoria. Si bien imaginar requiere de la memoria, esta operación no se reduce a una actividad reproductiva sino que es más bien creativa e intuitiva. Imaginar es ya crear. La *imaginación eidética* trabaja con intuiciones, o es ella misma intuitiva: Para Husserl “la intuición es ya una forma de darse de la imaginación”. (Husserl, E. 1986. pág. 23)

Si retomamos la idea del ángulo de 45°, por la imaginación, las cosas y situaciones de la *realidad*, como elementos corpóreos, han quedado un poco desplazados. Se encuentran, como se dijo, en la Zona 1, circundante del vértice; sirven, de hecho, de referente o punto de partida para el operar de la imaginación, pero están distantes porque es propio de la imaginación superar el carácter meramente cósmico de las cosas y activarlas en relaciones complejas con otras. En la imaginación se supera la aparente continuidad de las cosas. Todo en ella adviene de manera diferente: cada imagen va mágicamente enmarcada, retenida, en una temporalidad y una espacialidad diferentes a las aportadas por la dimensión lineal lógica; se rompe el esquema del mundo cósmico, se pone en fuga el orden natural del mundo aunque éste se avisore como referente lejano. El mundo empírico, por la imaginación, queda un poco distante; puede incluso destruirse. La imaginación lo retraerá renovado en sus sentidos y lo inscribirá en unos contextos casi mágicos, como acontecimientos mismos de la subjetividad; la imaginación aumenta, agiganta –dice Bachelard– el valor de la realidad.

A los niños y niñas les gusta que les narren cuentos de brujas, de magos, de duendes, de hadas, de dioses y demonios; se fascinan cuando se les cuentan historias ocurridas en geografías encantadas, con animales fabulosos, estrellas errantes y mares misteriosos por los que navegan buques fantasmales; su corazón es una caja mágica en la que cabe toda la dureza y a la vez la ternura del mundo entero.

¿Y en esta nueva dimensión, qué puede ser la *enseñanza de la literatura*? La literatura en esta Zona 2 saca al niño, a la niña, a los jóvenes, a las personas en general, del *cascarón materno*, del mundo cotidiano y concreto que viven. Les

aparta la mirada del horizonte del mundo meramente cósmico. Ingresan, sin darse cuenta siquiera, en un mundo infinitamente superior –por su riqueza, contornos y variaciones– al mundo convencional en que se vive. La imaginación hace posible –aquí aparece la literatura como posibilidad– el traslado a un mundo diferente en el que generalmente no se está. La literatura rebasa el mundo cósmico; crea un excedente; recrea otros mundos en los que se hace posible entreverar formas de existencia y sentidos diferentes a los aportados por el mundo cotidiano. En esta Zona 2, enseñar es término afín a *desestructurar, reinventar, superar, deconstruir, reconstruir* y una estela larga de otras operaciones mentales. Enseñar implica de hecho, en esta Zona, una acción sensible, nuevas formas de vivencia de las situaciones cotidianas, nuevos sentidos de las experiencias colectivas o individuales. Y el profesor debe dar el ejemplo: recrear eventos, situaciones y vivencias; contar los sucesos fenomenologizándolos; es decir, poniéndolos en el marco de su sensibilidad, trasladándolos a otros espacios y otras temporalidades en las que se altera la supuesta realidad definitiva del mundo cósmico o del mundo empírico; en fin, viendo las cosas de la vida diaria, desde una dimensión sensible. Luego sus estudiantes lo harán quizá mejor porque ya se les abrió el camino; se les marcó una pauta y, de seguro, ellos se harán incontenibles.

Igual que antes, los niños y niñas, los jóvenes de cada clase, todos, leen, escriben y comparten sus escritos –que son variaciones de sus vivencias–. Están variando los sentidos convencionales de la cotidianidad; están fenomenologizando su mundo, traspolándolo a otra dimensión del sentido; distorsionando la realidad espesa; minimizando las miradas estructurantes de la tradición. Están, en últimas, haciendo literatura y cayendo lentamente, como quien se duerme, en el síndrome del gusto por la lectura y la escritura auténticas, sin las rutinarias y esquematizadas prácticas que arrastran a los estudiantes al aburrimiento y el cansancio al sentir que deben cumplir con unas reglas en cuya organización no han participado.

Actuar en el marco de las reglas establecidas, en lo que se refiere a la enseñanza de la literatura, es, lo creo firmemente, un error metodológico pues lo que resulta es el temor ante la posibilidad de vagabundear por los territorios propios de la imaginación; los jóvenes y niños sienten aprehensión por pasear en los paisajes que promete esta dimensión imaginativa; simplemente dicen, *a mí no me sale nada o yo no sé escribir*. Se quedan siendo hombres y mujeres prácticos.

Y aquí, por supuesto tienen voz los escritores de cualquier época o lugar, con tal que el proceso adelantado por el maestro sepa sintonizar las vibraciones del alma juvenil con los universos estéticos de la literatura. Nunca se debería leer para dar cuenta, para responder cuestionarios o controles de lectura utilizando

proposiciones ajustadas al mundo lógico de las obras poéticas o literarias. El mismo texto de Hesse, un cuento de García Márquez, un relato de Eduardo Galeano de su bellissimo *Libro de los abrazos*, un poema de Rilke, de Pierre de Ronsard, de Porfirio Barba Jacob, de César Vallejo, de Borges, un cuento de Mejía Vallejo o su novela *La tierra éramos nosotros*; un cuento de Gogol, de Chejov o de Afanasiev, de Borges o Cortázar; una de esas maravillosas composiciones de María Elena Walsh, la genial argentina que lleno de vida y poesía el mundo de la infancia (*El reino del revés*, *El país de nomeacuerdo*, *La calle del gato que pesca*, etc.); la *Cantora Mayor*, la maravillosa trovadora y poetisa cubana Teresita Fernández cuyas canciones y poemas han servido para hacer soñar a miles y miles de niños en toda América (*El carretón*, *Muñeca de trapo*); estas y mil posibilidades más, bien calibradas al mundo afectivo ya en marcha de los estudiantes, abren los horizontes insospechados de la imaginación y nos entreabren los portales de otras temporalidades, de otras espacialidades; en fin, de otras subjetividades quizá distantes de la realidad pero posibles totalmente por gracia de la imaginación bien estimulada por la magia del maestro. Y también aquí tendrían lugar los productos de las nuevas tecnologías cuyos lenguajes hoy en boga tanto estiman los niños y los jóvenes: películas, videos breves, historietas, relatos visuales, etc. pueden ayudar en mucho al aumento del afecto por las posibilidades de la imaginación para recrear y reconstruir el mundo.

La literatura, en sus diversos géneros y formatos, permite reconstruir permanentemente el mundo; dudar de lo existente como mero evento cósmico; transformar las maneras de pensar y de dar sentido a las experiencias propias; escapar a los totalitarismos políticos, religiosos, estéticos; comprender la capacidad de sacrificio y los ejemplos de vida de personajes que son potenciales posibilidades históricas; reconstruir los sueños despedazados y relanzar los proyectos antiguos.

¿Acaso, se puede pensar que la literatura es una simple desocupación; un escenario para perder el tiempo o para no aburrirse? La literatura, en esta perspectiva de la imaginación, es de hecho una reestructuradora de la conciencia moral y de la conciencia histórica del hombre. Más que una finalidad práctica, la literatura tiene una finalidad ontológica: la reconstitución de la subjetividad. En este horizonte de la imaginación reside la posibilidad de que la literatura al propiciar la huida del mundo de cada día y ofrecer nuevos horizontes de existencia y nuevas formas de conocer la vida, posibilite también el acceso a otra dimensión, quizá la más profunda y creadora de la mente humana, una dimensión en que se avienta lejos el mundo para llenarlo de nuevas realidades, imposibles aún para la imaginación: la dimensión de la fantasía.

Zona 3 o el lugar de la fantasía:

Entendemos por fantasía el nivel superior de la conciencia subjetiva; la superación misma de las fronteras de la imaginación, de la que se hablaba en el apartado anterior. Si la imaginación, según se afirmaba, tenía necesariamente referentes en el mundo empírico aunque trabajaba con sus *eidos*, con los constructos imaginativos de las cosas; si la imaginación está estructurada sobre *perceptos*, a manera de realidades de la conciencia intuitiva, la fantasía implica la superación casi total de los referentes cotidianos. En otras palabras; al hablar de la región última de las posibilidades de la imaginación, se prefiere aquí el término de *fantasía*, para indicar, exactamente, la superación de los umbrales del mundo empírico.

La fantasía crea y da forma a nuevas maneras de aparecer el sentido; por la fantasía, el sentido es acontecer mismo de lo esencial; es creación originaria de un algo, o, mejor, de un mundo no existente hasta ahora, y sin conexión *aparente* con el mundo de la experiencia cotidiana. En esta dimensión, lo que aparece es una creación del espíritu; un detenerse en la contracara de lo real; un acto de invención fabulosa de asuntos o fenómenos que no están en la realidad. Sin embargo, lo fantástico no equivale a lo no existente; es más bien la posibilidad de que surja como existente lo impensado hasta ahora, pero posible en el transcurrir de la cultura y de la historia de los individuos y las colectividades. De hecho que muchos de los productos más exacerbados de la fantasía, pasado apenas un tiempo, se han asentado con propiedad en el mundo de las cosas cotidianas.

La fantasía es un juego de elevación total sobre todos los mundos: el personal y el colectivo; es un desplazamiento hacia donde ya no se aprecian, ni se puede detener el espíritu, en los referentes cósmicos del mundo. Es la dimensión de la invención absoluta, la alternancia del mundo, la clausura definitiva de lo lógico; el reino de lo hipersurrealista; la inauguración de mundos sobrecogedores sin referencia alguna con esta realidad convencional.

Tomemos un ejemplo: *El centauro* –aludo aquí al ejemplo traído por Husserl en *Ideas I*– es en efecto resultado de la fantasía. En realidad, centauros no existen en ninguna parte; no son representación de una vivencia psíquica, dice el filósofo alemán. *El centauro mismo no es nada; es pura y simplemente imaginación* (Husserl, E. 1986: 57). En los términos de este escrito, es pura y simplemente fantasía, la región más desconocida de las manifestaciones de la imaginación. Dicho de otra forma, la *imaginación* de un centauro, es *fantaseo de un centauro* apunta Husserl, utilizando, el término que en efecto da cuenta de ese territorio último de la imaginación: la *fantasía*.

En este escrito, la *fantasía* correspondería a esa Zona 3, región difusa siquiera para ser descrita a medias, región indeterminada pero intuible por los productos mismos de su acción. Todas las culturas –y todos los individuos– se han paseado y se pasean inconsciente o involuntariamente por esta región. En sus ensoñaciones, en sus divagaciones, en sus errancias intuitivas, en sus olvidos, las personas se adentran, sin apenas percibirlo, en ese mundo raro y etéreo, zona postrera de la función mental. Lo fantástico, en verdad, hace parte del cotidiano actuar de la subjetividad, aunque no se perciban sus contornos. Cuando en algún caso, hombres y mujeres de la historia se han ejercitado o se ejercitan constantemente en dichas errancias intuitivas, viven más en el mundo inhabitual de la fantasía, hasta el punto de quedar presos en ella y perder todo interés o contacto con el mundo cósmico; son los seres ante los que los demás sienten una extrañeza que se manifiesta como temor, miedo, reverencia, odio, etc. Son los soñadores, los poetas, los profetas, los hombres de ciencia, los místicos, hombres y mujeres distantes que viven en otro mundo, y que están, pero a la vez no están con nosotros; con su actitud ante la realidad, pareciera superarse el principio de contradicción de Demócrito en su versión ontológica, que plantea que no se puede ser y no ser al mismo tiempo.

Los que inventaron los dioses, las deidades de todos los pueblos y de todos los tiempos; los que inventaron los ángeles, las hadas, los gnomos, las sirenas; o monstruos nocturnos como la Patasola, la Sombrerona, el Carro de Fuego, las brujas y mil seres más. Los que inventaron en sus fantasías todos los recursos de la técnica contemporánea; cosas que hasta hace apenas unas décadas eran apenas producto de mentes afebradas; los que crearon obras poéticas cuyos referentes no existían fuera de su actividad psíquica particular –piénsese en Julio Verne; en Kafka; en Borges; en Mozart; en Miguel Ángel, entre otros–; todos los que han traído o presentado al mundo los resultados de sus viajes por el territorio de la fantasía, han alimentado la vida y han contribuido a la dignificación de la condición humana y a la exaltación de sus posibilidades, aunque en ciertos momentos se les haya descalificado o inclusive perseguido de mil formas: piénsese no más en Dante, en Giordano Bruno, en Galileo, en Servet, en Van Gogh, en el mismo Tesla, por nombrar apenas tres o cuatro de entre cientos. Salirse de los convencionalismos pedestres en que se resuelve la realidad empírica, es, en efecto, un fenómeno que trae sus riesgos. Las relaciones de estos actos de la fantasía con el sueño, son profundamente notables: Nietzsche decía al respecto:

En el sueño fue donde, según Lucrecio, por vez primera se presentaron ante las almas de los hombres, las espléndidas figuras de los dioses; en el sueño era donde el gran escultor veía la fascinante estructura corporal de seres sobrehumanos...

Amigo mío, esa es precisamente la obra del poeta; el interpretar y observar sus sueños. Creedme, la ilusión más verdadera del hombre se le manifiesta en el sueño: todo arte poético y toda poesía no es más que interpretación de sueños que dicen la verdad. (Nietzsche, F. 1994: 41)

La fantasía es quizá la actividad propiamente trascendental del ser. La fantasía puede ser un mirar profético y se llamaría la *fantástica*.

Como lo que nos interesa aquí es la *enseñanza de la literatura*, lo que se pueda hacer en esta apartada región de la subjetividad, depende de la inclinación misma del docente hacia lo fantástico. Si el docente no se aparta de la inmediatez sensible, o si se instala en la norma ya naturalizada por la tradición pedagógica o didáctica, y fuerza además a los niños y jóvenes a permanecer en el cerrado mundo práctico, poco pues resultará en beneficio de cada uno. Pero si es capaz de evadir el cerco de lo meramente procedimental —atreverse a entrar en esa dimensión de la embriaguez baudeleriana—; si fantasea hasta el límite e incita al arrebato de lo impredecible, de lo indeterminable; su acción posibilitará la generación de maravillosos productos poéticos; maravillosos no porque sean supuestamente perfectos en el marco de los cánones establecidos; maravillosos por el hecho de que, a través de ellos, los niños y jóvenes abandonan la esfera que los mantienen en lo prosaico, y se despliega la posibilidad de que propongan visiones nuevas de las cosas y hagan ver como posibles asuntos u objetos que parecieran provenir de una región lejana y que nutrirán, sin duda, su capacidad creadora, a la vez que motivarán su interés por convertirse en generadores de nuevas ideas en todos los campos.

Fantasear por mundos imposibles o francamente irresistibles por su desmesurada fantasía; por ejemplo, ensoñarse con círculos cuadrados; con *rectas* que se curvan, como ocurre con el espacio-tiempo en la Teoría de la Relatividad; vagabundear por el país mágico de Alicia; por el espejo de los Herreros de Mejía Vallejo; por los siniestros universos de Poe. Inventar la figura de un hombre a cuyo alrededor revolotean las mariposas amarillas, o crear un personaje mujer que es arrebatada virginal al cielo, pudorosamente cubierta por nubes de vértigo; fundar en los desiertos esas *Ciudades invisibles* que pueblan nuestros sueños; inventarse un caballo de madera que vuela por sobre los cielos de la Mancha; o una alfombra que se desplaza rauda sobre los arenales de la Arabia Feliz; una manzana que al olerla cura todos los males, o una lámpara que satisface todos los deseos; inventarse el cuento de un pintor que creó una pintura cuyo modelo solo nacería cien años después de realizado el cuadro porque este hecho era condición de posibilidad para que surgiera la obra; en fin, toda la constelación

de fantasías de todas las épocas humanas, han ayudado a soportar la angustia que causa la realidad entre los hombres. El mundo de la fantasía es necesario para intentar mantener el equilibrio existencial, y la literatura –entendida como *poiésis*– puede servir como pretexto para alcanzar dicha dimensión u horizonte.

El profesor, si lo intenta, podrá crear estrategias, proponer actividades y orientar procesos, para que su labor pedagógica promueva la fantasía como un lugar legítimo de la conciencia del mundo, en lugar de vetar o evitar, como suele generalmente hacerse, las dimensiones más extrañas y misteriosas de la subjetividad, como son la imaginación y la fantasía. En esta dimensión de lo fantástico es que surge en toda su plenitud, como la luna llena, la relación con la magia, con la ingenuidad, con la poesía, con el arte y con la ciencia. La dimensión de lo fantástico, simplemente representa un quiebre absoluto de lo convencional en un mundo que está estructurado para formar personas prácticas, lógicas, sensatas, racionales y mil perogrulladas más, lo que ha contribuido en la mayoría de casos a la deshumanización del mundo.

Ya para terminar, puede afirmarse que *la validez del mundo de la fantasía no está dada ni puede ser dada ni justificada por el mundo empírico*; que las *fantasías*, en verdad, son producto de la imaginación en su nivel más lejano, y son perfectamente comprensibles, gracias a esa tendencia permanente hacia la dimensión poética que nos constituye como sujetos conscientes de nuestra existencia simbólica tal como hablábamos al principio de este texto. Por esta naturaleza simbólica es que se hace factible el ingreso a lo poético, a aquello que no tiene referente cercano o empírico y que surge como creación primigenia, sin saberse propiamente de dónde.

Muchas veces, los productos fabulosos de la fantasía, los que se han ubicado por simple proceder metodológico en esa Zona 3, a infinita distancia del vértice o de las proximidades de la Zona 1, debido a esas autopistas o pasadizos de contacto entre las tres dimensiones propuestas, que nunca son independientes, sino que más bien se trenzan y se curvan hacia un eje imaginario del centro, muchas veces, esos productos de la fantasía, pasan luego a ser producto de la imaginación y finalmente se asientan en el mundo práctico o empírico, como si nada. Así ha pasado siempre. Quién sabe quién fantaseó un dragón hace quizá milenios; ese dragón mutó en imágenes a través del tiempo; y hoy, los niños casi nacen sabiendo qué es un dragón: están por todas partes: en el mundo familiar, en comics, películas, estandartes, escudos nacionales, festivales, rituales, etc. En síntesis, es factible hablar de una progresiva naturalización histórica de la fantasía, un desplazarse hacia el mundo empírico, que se va llenando y am-

pliando gracias a los logros de la fantasía, que empuja la cultura de lo lejano a lo cercano; es decir, empuja hacia la región de lo cotidiano. De la fantasía, de ese territorio fabuloso, provienen la ciencia, la filosofía y la creación estética. La fantasía es la dimensión primordial en la constitución del futuro.

Lo que ayer era fantasía de locos, se hace hoy realidad prosaica de cuerdos: ver desde nuestra casa lo que ocurre al otro lado del mundo, o el recorrido solitario de una nave espacial por el cosmos, eran hasta hace pocos años fruto de afiebrada locura.

Creemos que lo verdaderamente esencial tiene en la *fantasía* la fontana primordial u original de su darse o de su acontecer. Husserl considera que el geómetra y el poeta operan más en el campo de la fantasía que en el de la percepción de figuras, de modelos, de objetos o situaciones empíricas. Si inicialmente para la gente pudiera tener más *claridad perceptiva* un objeto (*percepto*) o una cosa que se ofrece en concreto como realidad a la percepción empírica, también es verdad que la claridad originaria del *eidos* de la *fantasía*, una vez ganada mediante la *percepción trascendental*, es más luminosa y estable que las cosas corrientes. Por la *fantasía*, se hace posible al ser crear formas y mundos nuevos; por la *fantasía*, los creadores encuentran su libertad para *engendrar un sinnúmero de figuras nuevas, libertad que le abre literalmente el acceso a los espacios de las posibilidades propias de las esencias con sus infinitos horizontes de conocimientos esenciales*. (Husserl: 157). Por la fantasía, la *enseñanza de la literatura* queda clausurada como mero protocolo intelectual y se hace sustancia existencial y espacio propicio a la renovación del sentido convencional del mundo.

Como conclusión, puede decirse que la *enseñanza de la literatura* no se hace posible si el profesor no la produce, no la provoca y no la promueve. Si se aprovecha la disposición humana hacia lo simbólico, puede demostrarse, en el marco de la enseñanza de la literatura, que a través de lo poético se hace posible trascender la realidad prosaica y hasta ordinaria, en que se intenta apresar a las personas, y avanzar hacia horizontes en los que, sin duda, se puede entender la veracidad de la idea de Hölderlin de que *el hombre es un dios cuando sueña*, y que desde sus sueños, hace posible la verdadera transformación de la realidad.

Bibliografía

Bachelard, G. (1995). *La poética del espacio*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.

Borges, J. L. (2001). *Arte poética*. Barcelona: Editorial Crítica.

Guevara, C. (2014). *La poética y la vida*. Bogotá: Editorial San Pablo.

Husserl, E. (1986). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Nietzsche, F. (1994). *El nacimiento de la tragedia*. Barcelona: Alianza Editorial.